

LA REFERENCIA A LA HABITACIÓN COMO ESPACIO DE TEDIO Y PENSAMIENTO EN LOS *PENSAMIENTOS* DE PASCAL

Ernesto G. D'Amico

UBA

Los estudios sobre filosofía moderna poco se han ocupado del espacio. Diré, un tanto provocativamente, que el espacio no ha sido suficientemente analizado. No me refiero aquí a la interpretación de cómo los filósofos hicieron del espacio un objeto de análisis; por ejemplo, de cómo las *Meditaciones* de Descartes tematizaron el espacio como una *sustancia extensa*. O a la interpretación de los dichos de Pascal sobre el concepto de *espacio*. En ambos casos, se trata del espacio como una unidad indiferenciada que se opone al pensamiento.

Los textos de Michel Foucault tematizan el espacio de un modo distinto. El espacio no es concebido como algo unitario. Lo que hay son *espacios*, o tipos de espacio. Se trata de espacios locales, cualificados, diferenciados. Estos espacios -el confesionario, la prisión, el aula- fueron concebidos como para permitir el ejercicio de ciertas prácticas, como la confesión, la corrección, la vigilancia, el examen. Dos de los efectos más importantes de los espacios así conformados, son: la producción de un discurso a través del cual el pensamiento del individuo quede explicitado, y la producción de un pensamiento que internalice las relaciones de poder que ese mismo espacio representa. Además, el espacio funciona como una condición del saber o de la verdad. Por ejemplo, el recorte individualizante del aula de clase permitiría el examen, evitando la copia; el espacio confesional posterior al Concilio de Trento permitiría -a través de la confesión de los pensamientos y deseos- el acceso a la verdad sobre uno mismo. Espacio de clausura, de fijación de los cuerpos, espacio individualizante y solitario: en los análisis de Foucault, el pensamiento, el saber, la verdad, no pueden estar divorciados de ese espacio local y cualificado en el que se producen. Tomando una expresión de Jonathan Rée, diríamos que se trata de “espacios cualitativamente diferenciados”.¹

Mostraré de qué modo este tipo de análisis es aplicable con utilidad al espacio filosófico del siglo XVII. Entiendo que las filosofías de Descartes y Pascal son

¹ Rée, Jonathan, (2000), *Heidegger. Historia y Verdad en Ser y Tiempo*, Santa Fe de Bogotá, Norma, p.31.

paradigmáticas de una determinada manera de concebir el espacio en que el pensamiento puede llevarse a cabo. Este espacio, también local, funciona como la condición de posibilidad del pensamiento. Desde este punto de vista, pues, la oposición entre pensamiento y espacio se disuelve.

Dice Descartes en la primera meditación:

“Pero aunque los sentidos nos engañan a veces respecto de las cosas poco sensibles y muy alejadas, existen quizá muchas otras de las que no se puede razonablemente dudar, aunque las conozcamos por su intermedio: por ejemplo, que estoy aquí, sentado junto al fuego, vestido con una bata teniendo este papel en las manos y otras cosas por el estilo.”²

A partir de este clásico pasaje, Descartes pone en duda la existencia de ese espacio local, y de su propio cuerpo en él, diciendo que podrían ser soñados; no pone en duda, en cambio, la *extensión* misma, propiedad simple y universal del espacio. Así, Descartes tematiza el espacio como una *cosa extensa*. Por otra parte, sin embargo, y a través del recurso literario, Descartes otorga una *indicación* precisa del espacio físico en el que la meditación se está llevando a cabo -sea éste soñado o real.

El espacio de la meditación es la casa, o la sala. El cuerpo, allí, se halla en reposo: “sentado junto al fuego”, dice Descartes. La casa significa encierro, alejamiento del mundo y de la vida pública. Es el espacio solitario en que se puede meditar; sólo donde pueden suspenderse las opiniones que se toman por verdades. Este espacio posibilita el descubrimiento de la verdad, dentro de sí mismo, y no en el diálogo y el acuerdo. Es finalmente un espacio privado: la vestimenta lo indica: “vestido con una bata”. En suma, el espacio propicio para llevar adelante la meditación y, en definitiva, arribar a una certeza sobre sí mismo, es un espacio privado, solitario, y de encierro.

Ahora bien; en Descartes, el tránsito desde ese espacio hasta la primera certeza, no será posible sino a través del elemento de la *duda*. Y la duda radical sólo puede surgir en ese lugar a-político, seguro, lo suficientemente privado y al resguardo de los peligros externos, que es la casa. En suma, podríamos decir que la casa, y sus significados, conforman la condición *espacial* del pensamiento; y la duda, su condición *epistemológica*.

² Descartes, René, (1980), *Meditaciones sobre Filosofía Primera en las cuales se demuestran la existencia de Dios y la distinción real entre el alma y el cuerpo del hombre*, en *Descartes. Obras Escogidas*, Buenos Aires, Charcas, p.217.

Es cierto que las *Meditaciones* no tematizaron el espacio de la casa, pero -repito- sí lo han *indicado* explícitamente. A partir de un estilo teatral, Descartes señaló el espacio en el que se ubica el filósofo. En los textos de Pascal volvemos a encontrar la indicación de un espacio local apto para el pensamiento. Pero creo que Pascal desplegará el problema, tematizándolo explícitamente; creo que en los *Pensamientos*, el problema de un espacio así entendido es más que un simple recurso literario.

No creí necesario presentar a Descartes. Pero tal vez sí se imponga una presentación breve y general de Pascal; en especial de aquello que puede resultar pertinente para el tema que nos ocupa.

Pascal habría sufrido una profunda crisis hacia 1657, un año después de la publicación de las *Provinciales* (1656). En este texto, Pascal había militado por el triunfo de la verdad *en la Iglesia y en el mundo*- actitud que abandonará. Entre 1657 y 1661 redacta los *Pensamientos*, obra inconclusa o, si se prefiere, obra fragmentaria. Nos encontramos allí con un Pascal trágico.

La idea de lo trágico remite a lo doble, lo ambiguo, lo contradictorio. Lo real -el mundo, el hombre, Dios mismo- es doble. El hombre mundano se encuentra siempre como tironeado por extremos opuestos. El resultado es la inmovilidad, pero entendida como una tensión permanente e insoportable, y no como un reposo apacible. Dios -cuyo recurso no debe ser ya necesariamente mediado por la Iglesia- es totalidad, es decir, superación dialéctica de la contradicción. Pero Dios permanece, para el hombre que lo busca, como paradoja: cierto e incierto, esperanza y riesgo a la vez. En consecuencia, no puede haber más certeza que la del corazón, ni otra actitud racional que la de la *apuesta*.³

Ahora bien, el espacio mundano en el que se busca a Dios es la casa, o más precisamente, la habitación. La vida mundana, en sentido estricto, queda por fuera de estos límites. Pertenece al espacio público, espacio de placer, juegos, diversión, pasiones. La filosofía de Pascal no desprecia la vida mundana, sólo establece que ésta nos asegura un deseo incesante, una búsqueda infructuosa, la consecución de objetos vacuos, y nada más. Detener la rueda significa, pues, recluirse, abandonar el mundo, retirarse al espacio solitario y privado de la habitación. Es éste un espacio de tedio, y también de pensamiento, es decir, apuesta. Pascal produce así, al igual que Descartes,

³ Cfr. Goldmann, Lucien, (1985), *El Hombre y lo Absoluto. El dios oculto*, Barcelona, Península.

una escisión del espacio, induciéndonos a permanecer en reposo, aquí, de éste lado de la línea. En la habitación, el movimiento -deseo de objetos, pasiones- parece detenerse.

Escuchemos a Pascal:

“Cuando yo algunas veces me he puesto a considerar las diversas preocupaciones de los hombres, y los peligros y las penas a las que se exponen en la Corte, en la guerra, de donde nacen tantas querellas, pasiones, empresas osadas y frecuentemente malas, etc., he dicho muchas veces que toda la desgracia de los hombres proviene de una sola cosa, que es no saber permanecer en reposo en una habitación. Un hombre que tuviera suficiente para vivir, si supiera permanecer en su casa placenteramente, no saldría de ella para ir al mar o para sentarse en una plaza. No se compraría tan caro un cargo en el ejército si no resultara insoportable no moverse de la ciudad, y no se buscan las conversaciones y las diversiones de los juegos más que porque no causa placer permanecer en casa.”⁴

La habitación no es el único espacio de *reposo*. En este pasaje observamos que los espacios de reposo son diversos: la habitación, la casa, la ciudad. Es decir que el significado de *reposo* no refiere unívocamente a un determinado espacio; *reposo* no tiene una localización física definitiva. Es, en Pascal, un concepto que califica a un espacio siempre que exista *otro* con el que se lo pueda contrastar, y que pueda ser considerado como de más movimiento. Ahora bien; de todos modos, no todos los espacios calificados “de reposo” admitirían la posibilidad del pensamiento. Considero que, en Pascal, ese espacio privilegiado es la habitación.

El pensamiento surge ante la ausencia total de estímulos externos o, lo que es lo mismo, a partir del *tedio*. Pascal dirá que el reposo produce tedio, y que el tedio incita el *pensamiento*.⁵ Por lo tanto, si la habitación es el espacio del pensamiento ello se debe a que es, precisamente, el espacio del tedio. En la habitación residen, pues, tres momentos íntimamente ligados: *reposo*, *tedio*, *pensamiento*. En Descartes se llega al pensamiento a través de la duda; en Pascal, se llega al pensamiento mediante el tedio. Es decir que la *duda* cartesiana y el *tedio* pascaliano ocupan, en cuanto a la relación que mantienen con el pensamiento, un lugar estructuralmente análogo. Sin embargo, existen entre ambos diferencias importantes: el tedio no es -como la duda- un método, o un factor

⁴ Pascal, Blaise, (1998), *Pensamientos*, Madrid, Cátedra, F.136 (139-205). [La primera cifra corresponde a la edición de Lafuma, y las dos entre paréntesis corresponden a las ediciones de Brunschvicg y Chevalier, respectivamente.]

⁵ Cfr. *Ibidem*

epistemológico; es más bien un estado de la *sensibilidad*. Por otra parte, en Pascal, el tedio es *anterior* a la incerteza, que es propia del pensamiento en la apuesta.

Qué es el *tedio*? El término francés que se traduce como tedio, aburrimiento, hastío, fastidio es *ennui*. La delimitación del significado de este concepto requerirá su ubicación en el interior de un cierto entramado conceptual; es decir, la determinación de las relaciones -de causalidad y oposición- que dicho concepto mantiene con otros conceptos próximos. En este sentido, dijimos que el tedio es efecto del *reposo* y causa del *pensamiento*. Y creo que este análisis se completa con la referencia a los conceptos de *condición humana*, y de *pasión*.

El tedio es uno de los tres aspectos de la *condición humana*, que Pascal caracteriza como “inconstancia, aburrimiento, inquietud”.⁶ De todos ellos, tedio (o aburrimiento) es el que menor movimiento implica. Podemos decir que es lo más aproximado a un *reposo del alma*, y el complemento necesario del reposo del cuerpo, del que a su vez es efecto. Ahora bien, en tanto modalidad del *reposo*, el tedio se opone a las pasiones, que implican movimiento. Gómez Robledo caracteriza el tedio del siguiente modo: el tedio “[...] no es simplemente un estado transitorio de la sensibilidad, sino [...] la pintura posiblemente más fiel de la condición humana, la cual, al contemplarse a sí misma en el reposo, no puede soportarlo.”⁷ Son las pasiones -deseo, cólera, temor-, precisamente, “un estado transitorio de la sensibilidad”. Esto significa que no son constitutivas -y ésto a diferencia del tedio que, siendo *también* un estado de la sensibilidad, sí es *constitutivo*. El tedio es una presencia constante, una presencia aún virtual; las pasiones no son más que su encubrimiento momentáneo. El tedio se esparce ante la ausencia de pasiones; éstas, a su vez, nos alivian del tedio.⁸ *Tedio* y *pasiones* se alternan mutuamente; en el sentir actual del hombre, jamás conviven. Las pasiones se dan exclusivamente en lo que Pascal llama *diversión*; en otras palabras, la diversión no se da sin pasiones. *Diversión* es pues un estado pasional, un movimiento transitorio que encubre nuestra propia condición, y en ella, el tedio.

Volviendo ahora a los espacios, diré que el tedio y las pasiones ocupan espacios diferentes. Las pasiones se inscriben en el espacio exterior, que es un espacio político -el

⁶ Pascal, B., *op.cit.*, F.24 (127-199).

⁷ Gómez Robledo, Antonio, (1992), *Estudios pascalianos*, México, FCE, p.80.

⁸ Cfr. Pascal, B., *op.cit.*, F.136 (139-205).

espacio de la Corte, el espacio de la guerra-, puesto que allí nacen.⁹ El tedio que nos llevará al pensamiento, en cambio, tiene su localización precisa en la habitación. En la filosofía de Pascal, el pensamiento se volverá posible sólo en este espacio privado, y bajo la doble condición del reposo del cuerpo, y del subsiguiente reposo anímico o tedio.

Creo que de este modo el siglo XVII ha logrado elaborar la imagen del filósofo como un ser aislado, ubicado en el interior de la casa, ya dubitativo (Descartes), ya aburrido (Pascal). La consideración de que este suelo íntimo permite ejercer el pensamiento, me ha remitido a la figura del cristiano solitario, alejado del mundo, que a partir de su encierro busca a Dios. El cuerpo del filósofo tiene la misma *fijeza* que la del sujeto sobre el que recaerá la mirada panóptica; y su alma busca el mismo reposo que el que anhelaba el monje medieval. Es cierto que este moderno “hombre que piensa” ha ganado en autonomía, y que su Iglesia ha perdido autoridad. Pero el espacio que la filosofía moderna consideró importante no dejó de ser un espacio austero, solitario y privado, y el cuerpo no dejó de ser un cuerpo fijo; ni dejó de plantearse como un *bien* habitar el espacio denso e intenso del encuentro consigo mismo. Las filosofías y los textos de Descartes y Pascal presentan, así, el modelo de una cierta *ascética*, que es una *ascética filosófica*, por otra parte muy original del siglo XVII.

⁹ Cfr. *Ibidem*.